

---

---

## NUESTRA SEÑORA DEL BUEN CONSEJO.

---

*Adamavit super omnes.*  
Y el Rey quedó prendado de ella  
sobre todas las demás mujeres.  
(ESTHER, II, 17.)

¿Qué voces son estas, que, salidas de inspirados lábios, anuncian á la tierra gracias y bendiciones? Alegraos los que gemís en medio de las miserias de la vida: Yo soy la Madre del Amor hermoso y de todo grato consuelo; soy guía para conocer el camino de la verdad y la esperanza de vida y de virtud. Venid á mi todos los afligidos y saciaos de mis frutos; venid á mi cuantos esteis desconsolados y abrid vuestros ánimos al júbilo, porque dulce es mi espíritu más que la miel, y mi heredad más dulce que el panal de la miel.

Estas palabras se refieren á María, puesto que María es la augusta Mujer á la cual miraban los Patriarcas y los Profetas; y mostrándose, segun el místico cantar de la Iglesia, como el cedro del Libano y la rosa de Jericó, debía enjugar las lágrimas y derramar en los pechos el bálsamo del consuelo.

Y Ella lo ha derramado, pues es la nube prodigiosa que guiaba al pueblo Hebreo por los inhospitalarios arenales del vasto desierto, y la puerta oriental que Ezequiel vió en éxtasis profético, de donde nos vino aquel Oriente, que desvanecidas las tinieblas de la noche, nos condujo á la luz clarísima de verdadera vida. En efecto, fué por María que nuestra naturaleza, arrojada en el abismo de toda vileza, recibió una excelencia enteramente nueva y celestial; fué por María que la divina misericordia nos bendijo con todas las bendiciones hasta acogernos por hijos.

No se crea, empero, que, una vez reconciliada la tierra con el Cielo, no se interese ya por nosotros. Subida en el celestial alcázar no nos olvida; sentada en medio de los tálamos de la felicidad eterna, se acuerda siempre de nosotros, que vivimos luchando con las tempestuosas olas de este mundo. Tambien hoy continúa protegiéndonos

contra las furiosas aguas de la borrasca; tambien prosigue ahora siendo próspera estrella para los desterrados que gimen en el valle del llanto. Una de las pruebas que demuestran y confirman esta consoladora verdad, fué la aparicion á los fieles de Genazzaro, de la imágen venerada bajo la advocacion del Buen Consejo, y cuya memoria celebramos hoy con religiosa pompa. Solo la bondad de que está llena podía inducir á María á alegrar el suelo itálico con este dón preciosísimo: la sola bondad la impulsó á darnos este sublime testimonio de su generosa solicitud y de su piadoso afecto. Por consiguiente, debiendo ocuparme de esta aparicion, amados hermanos, quiero considerarla como una espléndida manifestacion de la bondad de María; y ya que esta espléndida manifestacion de bondad ha tenido lugar en pais italiano, creo deber añadir, que María con la aparicion de su imágen ha demostrado amarlo, y lo ha demostrado de un modo particular y con preferencia á otros paises: *Adamavit super omnes*. De cuya bondad de María plenamente manifestada con esta aparicion, que ninguna inteligencia creada podría describir, hablaré á mi modo y segun mis cortos alcances, para que podais repetir con ánimo alegre: *Adamavit super omnes*. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Nadie me negará, que la bondad que previene es superior á la bondad que corresponde; y aunque ésta es sin duda indicio de buen corazon y de óptimos sentimientos, sin embargo, comparada con la otra, pierde mucho de su valor. La bondad de correspondencia, como quiera que se la considere, en cierto modo, es siempre interesada, porque se inclina propicia á aquellos que la ruegan, y dirige los afectos á quienes se le recomiendan; miéntras que la bondad preveniente no se mueve por interés alguno, y se muestra pródiga de patrocinio, aún para con aquellos que ni se le encomiendan ni la ruegan. Siendo así, se sigue de legítima consecuencia, que, con preferencia á toda otra, la bondad preveniente es bondad pura, bondad verdadera, bondad suma. Hé ahí la bondad manifestada por María con su prodigiosa imágen. Consideremos el hecho desde el principio.

La imágen del Buen Consejo, venerábase antiguamente en Scútari, ciudad respetable de la Albania en las costas orientales del Adriático. En la cumbre de un monte habia un templo, y en él una bella imágen de la Virgen, pintada en la pared, á la cual la devocion pública invocaba con el título de Nuestra Señora del *Buen oficio*. Aquel pais, que de antiguo profesaba la religion cristiana, hecho

reo de prevaricaciones, de hurtos y de escándalos, había provocado la ira del Altísimo.

Por consiguiente, pesando sobre aquellos países la mano de la divina justicia, padecían inminentes terribles castigos. Los turcos, siguiendo las órdenes de Amurat II, apoderándose de la Albania, hicieron sentir repetidas veces como herían sus cimitarras; y, muerto el esforzado Castriota, que valiente y animoso había defendido por largo tiempo el desolado país de las invasiones enemigas, todo indicaba próximo el día, en que Scutari debía ser abandonada á la ferocidad de los otomanos y á las torpezas del Corán. Entónces la Virgen quiso quitar su imágen de un lugar contaminado ya por tantos vicios, y próximo á sumergirse en fétidas abominaciones; fué entónces cuando, propicia y benévola, complaciéndose en hacer un dón de ella á otro país, dirigiendo su mirada por el Universo, los fijó por último sobre Genazzaro.

Por parte de María fué esta bondad preveniente, pues, aunque Genazzaro, desde los primeros siglos del Cristianismo, dada la paz á la Iglesia por Constantino, hubiese aprendido, por medio de las santas solicitudes del pontífice San Marcos, á venerar á la Virgen Madre, y establecido de varios modos esta tierna devocion entre sus habitantes, bajo el pontificado de Sixto III; sin embargo, no era entónces lo que había sido en los primeros siglos de viva fé y sincera religion. Se invocaba todavía el nombre de María, se acudía á su patrocinio, y se esperaba aún en su generosa misericordia; pero aquellas oraciones hubieran podido llamarse lánguidas é imperfecto aquel mismo culto. Cierta es, que el mismo templo erigido á gloria de la celestial Reina, venerada bajo la advocacion del Buen Consejo, donde antiguamente acudía tanto pueblo y rogaba con tanta confianza, entónces veíase ruinoso y casi abandonado por completo. Además, ninguna plegaria se dirigió acerca del particular á la celestial Bienhechora; ninguna súplica salió de aquellas gentes para ser honradas con el prodigioso simulacro; y tanto más la bondad de María aparece preveniente en el dón que quería conceder á Genazzaro, cuanto que Genazzaro ni lo esperaba, ni lo pedía.

Es decir poco que Genazzaro no esperaba ni pedía el beneficio que la Virgen quería dispensarle; es preciso añadir que á ello oponía obstáculos. Eran otros tantos obstáculos las multiplicadas mofas á la piadosa Petra, terciaria agustiniana, que movida por inspiracion divina, habiendo vendido todos sus bienes, emprendió la difícil obra de restaurar y ensanchar la antigua iglesia. Eran obstáculos las chan-

zas con que se ponía en ridículo á esta piadosa y sencilla mujer, cuando decía de la augusta Señora, que iría á morar en aquella casa, y colocaría su trono en aquel templo. Eran obstáculos las mismas advertencias, las exhortaciones mismas, con que, aún las personas que la querían, procuraban disuadirla de una obra muy superior á sus fuerzas, y por lo cual se encontraría privada de todo recurso en las extremas necesidades de su ancianidad. Y estos obstáculos no eran pocas las personas que los oponían, sinó todas: sí, todas hacían burla de la inspirada, todas se mofaban de la crédula visionaria.

Pues bien; miétras que los de Genazzaro no pensaban en María, María fijaba en ellos sus piadosos ojos, extendía sus poderosas manos, y les preparaba nuevos beneficios y nuevas gracias. Como abogada quería salir á su defensa, como bienhechora quería acogerlos bajo su manto, como reina quería colmarles de beneficios, y como... ¡Oh María! ¿Qué lábios podrían expresar cuanta sea tu clemencia? ¿Qué elocuencia podría exponer todos los abismos de tu misericordia? En verdad, amados hermanos, si María mira con tanto amor aún á aquellas personas que no la invocan, que no la ruegan, que no se encomiendan á Ella y que ponen obstáculos á sus beneficios, debemos sin duda reconocer en esta bondad preveniente, una bondad sin límites, toda compasiva, toda amorosa, y enteramente dispuesta á favorecernos con sus más lisonjeros auxilios, con sus más preciosas misericordias.

Esta bondad no debe reconocerse solo como preveniente, es tambien benéfica. En efecto; María es siempre la madre, que llena de compasion para con el fruto de sus entrañas, le ayuda y le consuela; es siempre la Reina que, llena de misericordia, colma de sus gracias, aún á los desesperados. Pruébese esta verdad con innumerables razones, y podría decirse que no hay país, pueblo, ni familia, que no la haya experimentado de uno ú otro modo con hechos incontestables.

Determinada, pues, María de quitar su imágen de Scutari y hacer de ella un dón á Genazzaro, impuso á Petra la restauracion del antiguo templo; y Petra, superior al ludibrio universal, firme delante de continuos obstáculos, movida por inspiracion divina, consiguió, al fin, que fuese restaurado el antiguo templo. No la desanimaba la grandeza de la obra, ni la asustaba la falta de medios: firme en la fé, decía que le vendrían del Cielo prodigiosos socorros; firme en la esperanza, afirmaba que la misma Virgen la ayudaría piadosamente á superar las muchísimas dificultades de la árdua empresa. Y era tan firme en ella esta fé y esta esperanza, que, aún cuando por ór-

denes á que no pudo oponerse, debió suspender la empezada fábrica, sin desanimarse, tenía por cierto que su interrumpida obra sería llevada á cabo por manos celestiales, y que la buena Señora, á cuyo culto se levantaba aquella fábrica, la perfeccionaría con alguno de sus prodigios.

Era el 25 de abril de 1467, día solemne para Genazzaro, donde se celebraba una secular y brillantísima fiesta en honor del Evangelista San Marcos; y el pueblo, que gozaba extraordinariamente de la solemnidad, al anochecer se paseaba por la plaza alrededor de la antigua iglesia, cuya restauracion emprendió la humilde terciaria agustiniana en medio de tantos vilipendios. Y hé aquí que una nube volando por los aires, se detiene sobre las rústicas paredes de aquel templo. Todo el mundo corre, todos los habitantes se apresuran á observar el fenómeno, todos miran: la nube, al fin, se rasga, y se ve brillantes los ojos, agraciada de rostro y sonrientes los lábios, una imágen de María. De repente cesa todo pensamiento de negocios, se suspende en un instante todo regocijo de profana alegría; por dó quiera reina el silencio, el estupor y la admiracion. Una santa conmocion se apodera de todos los ánimos; no hay nadie que no se descubra la cabeza; todos se postran de hinojos, y lloran de inefable gozo; y sin que nadie las toque, resuenan espontáneas las campanas, no solo de aquel templo, sino de todo el país; sin que hable ningun orador, lo hace con fecundísima elocuencia el mismo prodigioso suceso. Nadie duda de que allí hay una Imágen milagrosamente transportada, una Imágen que representa la Madre y el Hijo divino en una actitud celestial, una Imágen que por sí misma es una bendicion, una misericordia, una gracia.

Si me propusiese describir punto por punto cuanto aconteció entónces, la alegre noticia que pronto se divulgó hasta fuera de Genazzaro, las muchísimas personas que de cerca y de léjos acudieron para venerar á la aparecida magnánima Señora; las cosas que se dijeron, las oraciones que se rezaron, y los cánticos que millares de lenguas entonaron fervorosamente poseidos de un santo júbilo á la celestial Virgen, nunca daría fin á mi discurso. Paso, pues, en silencio la muchedumbre, cada vez más numerosa, que á todas horas acudía delante de la milagrosa Efigie; callo de los sacerdotes y de los ancianos del país que con minuciosas investigaciones, examinado el hecho, lo declararon incontestable; paso por alto la continua y solemne admiracion con que se correspondió al portentoso suceso. Unos referían la extraordinaria muchedumbre de la gente reunida, de la cual no se

recordaba otra semejante, aún en las mayores fiestas y en las solemnidades más populares; otros se limitaban á narrar las tiernas procesiones de pueblos enteros, que afluían al lugar en devota peregrinacion, lugar tan manifestamente bendito con la admirable aparicion de su Imágen; pero todos se vieron precisados á confesar imperfectas aquellas mismas historias y muy inferiores á los hechos aquellas mismas descripciones.

Dejando á parte esas y otras cosas, no callaré lo que aparece evidentemente para concluir, amados hermanos, sobre el tema que he propuesto al principio. No cabe duda de que María podía escoger para su Imágen otros países más vastos por la extension de su territorio, más conocidos por la industria de sus habitantes, más feraces por la fertilidad de los campos, más célebres por la fama de sus obras, y más ricos por la abundancia de bienes. Ella, á quien Dios quiso coronada del Cielo y de la tierra, y en cuyas manos fué puesta la suerte de todos los reinos y de todos los imperios, podía escoger para la Imágen que la representaba con el Hijo en los brazos, un lugar más noble, más famoso, más conocido, un lugar en el cual se manifestasen con mayor esplendor sus triunfos y sus glorias. Si, pues, con preferencia á todo otro lugar escogió á Genazzaro, de Italia, dió á conocer claramente que amaba este lugar, y que amándolo con singular amor, quería favorecerle con su imágen de gracia singular.

Empero, nadie crea, que esta aparicion fuese tan solo en beneficio de aquella gente ó de aquel país. Madre de todos los pueblos, la augusta Mujer, no obstante de haberse mostrado en su Imágen á Genazzaro, es tambien la Bienhechora de todos los pueblos; y aún cuando vuelva propicios los ojos á alguna generacion afortunada, no deja de dirigirlos propicios para con las demás generaciones. Por lo tanto, en la aparicion de la Imágen del Buen Consejo, además de deber admirar en María una bondad preveniente y una bondad benéfica, se debe admirar tambien una bondad, que se extiende á todos los lugares, que mira á todos los tiempos, que derrama gracias con abundancia sobre todos los hombres, es decir, una bondad generosísima.

Los primeros que experimentaron los efectos de esta bondad fueron dos fieles devotos de María, quienes siendo naturales de Scutari y sintiéndose inspirados para alejarse de allí con motivo de la próxima invasion de los turcos, postrados ante el altar de la Virgen, se despedían de Ella con gemidos y lágrimas. Estaban á punto de levantarse, salir de la iglesia y ponerse en camino, cuando dejaron de ver

la sagrada Imágen, y en vez de ella vieron una nube, que, salida del lugar que ocupaba ántes la misma Imágen, se elevaba lentamente hácia el Occidente. Impelidos á seguirla por una fuerza interior, la siguieron hasta á orillas del mar, y caminando á pié enjuto sobre las aguas, llegaron á la orilla opuesta de Italia y á las puertas de Roma, donde desapareció la nube, que les servía de guía en tan largo viaje. Los pobres peregrinos, ansiosos de encontrar la milagrosa Efigie, que se había ocultado á sus miradas en medio de aquella nube, recorren todos los caminos, entran en todos los templos, y visitan todas las capillas; pero sus investigaciones resultan infructuosas y vanas. De repente, se esparce la voz de la prodigiosa aparición en Genazzaro de una nueva Imágen de la Santísima Virgen; apresuran pues los pasos, devoran el camino, llegan, y reconocen en la aparecida Imágen aquella misma que deseaban con tanta ánsia de religiosos afectos.

Por consiguiente, la fama en alas de los vientos, anunciando los prodigios acontecidos, atrajo de léjos á mucha gente á visitar el nuevo santuario, y suplicando á la Virgen en el lugar mismo donde colocó como el trono de sus gracias, y deponiendo delante de su Imágen las lágrimas del dolor, se sintieron tan piadosamente oídos, que volvieron consoladísimos á sus casas desvanecidas las angustias y vencidos los obstáculos. Estos beneficios no fueron privados, ni quedaron ocultos, pues, fueron acompañados de regocijos públicos. Fueron á vista del pueblo, y tales, que nada pudo oponer la malignidad, y nada cuantos hasta entónces se mostraban enemigos de lo sobrenatural y de los milagros. Con aquellos hechos parecía como que se despertase en los ánimos una fuerza súbita de fé, y que una voz misteriosa gritase: ¡Es necesario creer! De cuyos prodigios dieron manifiesto y solemne testimonio las ofrendas votivas, y los monumentos erigidos; y más que los monumentos erigidos, los epígrafes grabados, los ex-votos y las ofrendas votivas, las gratas voces de cuantas personas fueron favorecidas. Ahora bien, amados hermanos, decidme: ¿qué indicaban estas públicas acciones de gracias, sinó una bondad que por parte de María se extiende á todos los hombres, una bondad generosísima?

Mientras que experimentaban esta bondad el gentío que de toda la Italia acudía á Genazzaro, la experimentaban también los que de léjos dirigían súplicas y oraciones á la Virgen aparecida con su Imágen en Genazzaro. Así, pues, en todas las partes del mundo se erigieron templos y altares, capillas y cofradías consagradas á Nuestra Señora

del Buen Consejo. Fueron erigidos en Praga y en la Moravia; se admiraron en la Bohemia y en la Baviera; se encontraron en Sajonia y en Cataluña, y se descubrieron en Méjico y en las Islas Filipinas. En aquellos templos se postraban los fieles, que no podían emprender largos viajes para trasladarse al afortunado suelo honrado por la Imágen de María; delante de los nuevos templos, de aquellas capillas y en medio de aquellas congregaciones se postraban de hinojos los devotos, á quienes no les era posible doblar las rodillas en el lugar donde era venerada la prodigiosa Imágen. Y también fueron oídos éstos, también éstos atestiguaron públicamente los beneficios recibidos. Dijeron de ciegos que recobraron la vista, de cojos que andaron perfectamente, de leprosos curados, y librados á otros poseídos del demonio. Hablaron de mudos que recobraron el uso de la palabra, de sordos el oído, de llagas fistulosas, de gangrenas putrefactas y de furiosas hidrofobias que fueron curadas. Dijeron de unos, que, caídos de enormes alturas, salieron ilesos; de otros, que no recibieron ningún daño en medio de las ruinas de edificios venidos á bajo; de otros, que se vieron libres de las llamas de incendios voraces, ó fueron sacados de las cadenas de bárbara esclavitud, ó próximos á morir fueron restituidos á nueva vida.

Amados hermanos, mostrémonos agradecidos á este dón, manifestemos nuestra gratitud á la Virgen por sus beneficios con santos pensamientos y obras buenas. De la narración de las maravillas de que hemos hablado, resulta evidente, cuán celosa se muestre la Virgen del honor debido á sus imágenes, y cuanto desdeña dejarlas en manos impuras. Esto mismo, por la razón de los contrarios, indica, que es de su agrado el culto que se presta á sus imágenes, cuando lo prestan corazones puros. Así, pues, si queremos mostrarnos devotos suyos, si deseamos amarla con un afecto filial y venerarla como carísima Madre, reverenciémosla con devoción especial en sus imágenes, y mayormente en esta del Buen Consejo. Cuidemos de resarcirla, con sinceros obsequios y devotos homenajes, no ya de los turcos, sinó de los apóstatas, de los incrédulos, y aún de muchísimos católicos, que del Catolicismo conservan el solo nombre; cuyos insultos se repiten en la mismas naciones que María enriqueció con tantas prodigiosas imágenes suyas, y á las cuales manifestó un amor tan singular. Empléemonos, pues, en compensar con nuestro afecto á María de tantas ofensas, visitémosla en sus imágenes, y demos á conocer públicamente nuestra devoción delante de la celeberrima del Buen Consejo. Esta imágen, que en otro tiempo la devoción pública

llamó del Buen Oficio, nos hará experimentar los maternales oficios de María, laudables oficios, que servirán para asistirnos, para defendernos y ayudarnos en medio de las miserias de la peregrinacion presente. Esta Imágen, que veneramos hoy bajo la advocacion del Buen Consejo, nos alcanzará las gracias de Aquella, que término de los divinos consejos, esplendor del mundo por los santos consejos contrarios al pecado, Mujer de celestiales consejos preclarísimos en virtud, en santidad y en perfeccion, no puede ménos de querer nuestro bien y nuestra verdadera felicidad. ¡Ah! si, oh Madre del Buen Consejo, acoje benigna el homenaje de nuestra devocion, y dignate protejernos en los peligros, asistirnos en las necesidades y colmarnos de tus favores. Impétranos sobre todo la gracia de imitarte en tus virtudes, en el desprecio del mundo, en la pureza del corazon y en la humildad cuando la fortuna nos sea próspera, y en el sufrimiento en medio de las tribulaciones, en la fé, en la esperanza y en la caridad. Tu consejo nos ilumine, nos ayude, nos guíe, nos consuele; sea nuestro escudo contra el demonio, sea nuestro freno contra los asaltos de la concupiscencia, sea nuestra estrella en medio de las tempestades del mundo, y nos salve en la tierra para que seamos eternamente salvos en la celestial Jerusalén.

---

## NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON. (1)

---

*Erat subditus illis.*  
Jesús estaba sujeto á María y José.

(Luc. II, 51.)

A los innumerables y gloriosos títulos con los cuales el pueblo cristiano suele honrar á María, se ha añadido en nuestros días todavía otro. Los Misioneros del Sagrado Corazon en Issoudun, diócesis de Bourges en Francia, fueron los primeros en tributar á la Santísima Virgen este nuevo obsequio. Erigiendo ellos en su templo un altar consagrado á la Reina de los Cielos, buscaron un título, que hablase más eficazmente que los ya conocidos á sus piadosos devotos, y que mejor les diese á conocer los gloriosos privilegios de la incomparable Madre. Ahora bien; en un santuario consagrado al Corazon de Jesús, y levantado para que fuese centro de devociones cuyo fin especial consistía en reanimar y propagar la devocion á este Corazon santísimo; ¿qué otro título podía ser más á propósito, que otra advocacion podía ser más expresiva, que un título y una advocacion que se refiriesen al mismo Sagrado Corazon? Por consiguiente, para indicar el poder de María para con el Corazon de su adorable Hijo, y los celestiales tesoros, de que Ella por este motivo es augusta dispensadora, la invocaron Señora del Sagrado Corazon.

¡Oh! Si alguno de aquellos piadosos sacerdotes, que tanto adelantaron en el amor á los Corazones misericordiosísimos de Jesús y de María, subiese hoy en este púlpito, haría resonar elocuentísimas palabras, hermanos míos, acerca de la festividad que hoy celebramos, y no me cabe duda de que fijaríais los ojos en su rostro y prestaríais

(1) Véase el título: CORAZON DE MARÍA, discursos I y II, del tomo VI de este TESORO MARIANO, pág. 295 y 305.